FIDELÍSIMO GERARDO

A veces entrábamos en algún sitio donde Gerardo tenía que estar, y Gerardo no estaba: ¿dónde está Gerardo...? ¿Con qué le podíais confundir? Con la sombra de un árbol. Con el tic-tac silencioso de un reloj pausado que callase muy sobre el pecho. Con el cristal invisible que dejara pasar el sol, en la más diáfana de las transparencias.

Pero ¿dónde estaba Gerardo?

Por aquel tiempo era catedrático del Instituto de Gijón. Y aparecía de tarde en tarde entre sus amigos madrileños, con ese aire que todos conocéis y que apenas ha variado desde entonces. Cuéntanos, Gerardo: ¿de dónde vienes? Las pestañas se abatían silenciosamente para alzarse en seguida, volverse a abatir, levantarse... Ventalle ligerísimo que abanicase asentidoramente a su interrogador. De donde quisierais, él llegaba de donde le esperaseis. O más aún: sí, mucho más: de donde, inesperadamente, no le sospechaseis. Lo mismo de Bali y Celebes, allá por la Polinesia, que de la paterna tienda chiquita de Santander, que de visitar en otra capital de provincia a alguna retraída tía anciana... ¿Quién podía saberlo? Llegaba de su Instituto de Segunda Enseñanza, que a veces se nos antojaba escuela popular donde él enseñase a leer las letras definitivas, las inolvidables, aquellas cuyo signo sólo él podía comunicar... Manual de letras o manual de espumas. Cábala al alcance de todos. "¿Ven ustedes?: las primeras letras; las últimas: es lo mismo." Y él, con su seriedad impasible que ocultaba la recóndita asunción, el fresquísimo rumor de las voces comunicantes, se sentaba a nuestro lado. ¿De dónde vienes, Gerardo? ¿De dónde llegas? Y las palabras, y una como sonrisa sorprendida de esclarecerse en el rostro. Y ese conocimiento que todos teníamos de que Gerardo llegaba de donde le necesitásemos. ¡Fidelísimo Gerardo!

Fidelidad a la poesía. Desde muy pronto le vimos ser su más apasionado, pero su más fiel amador. Por ella, hasta el anonadamiento. Hay poetas que con la poesía se irían a la gloria (¡y a ningún otro destino!), hechos una ráfaga común de luz en su compañía. Otros serían capaces de seguirla hasta el mismo infierno; y allí instalar su habitación—Orfeo sin intento de rescate—si ello aparecía como la ineludible condición para no perderla. Gerardo era de éstos. Fiero e incorruptible, amador hasta el arrullo, y, por ella, casi podríamos decir hasta el crimen. (Si me entendéis con un salino granito.)

Y fidelidad a los amigos. Toda una galería podría desfilar aquí, repertorio de conductas, diferentes y la misma, en que el fervor, la continuidad, la lealtad, la incondicionalidad se proyectaban sobre la suma de los años, de los lustros y de las décadas. Sus amigos le encontrarían, si es que eran condenados a arder, hasta en la pira. ¡Siempre el mismo Gerardo! Desde el tiempo en que sus ojos claros se remataban con una frente tersa y un pelillo castaño y alborotado hasta hoy que por sobre su mirada unos grabados trazos de tiempo se coronan con unas mechas grises, ¡ya, qué leves!, todavía prontas a dejarse arrastrar alborozadamente en el viento.

Desde el primer libro suyo que el que esto escribe recibió, hasta el que acaba de llegarle, han pasado treinta y dos, treinta y tres años. ¡Qué bien reza la dedicatoria! "A fulano de tal, su constante Gerardo." Sí, nuestro constante, nuestro admirable, generoso y vivo Gerardo. ¿Dónde está Gerardo? ¿De dónde llegas, Gerardo? ¿De dónde estás llegando continuamente, día a día, para tus amigos, para todos y cada uno, nuestro grande, nuestro incomparable, nuestro silencioso e inmensamente donador amigo Gerardo?



VICENTE ALEIXANDRE